

**JOHN D.
MACDONALD**

**PIEL
CANELA**



Cuando Meyer, el amigo de Travis McGee le prestó el yate a su sobrina Norma, no sospechaba que estaba firmando una sentencia de muerte. Poco tiempo después, mientras la joven y su marido navegaban por las aguas de Florida, una terrible explosión destruyó la embarcación y mató a sus ocupantes. Pero no todo iba a terminar allí. Muy pronto Travis McGee comenzó a sospechar que la explosión no había sido accidental. ¿Quiénes eran los responsables de aquellas muertes? ¿Un grupo de exiliados chilenos? ¿La mafia de las drogas? ¿Un amante despechado? Travis encontró las respuestas a estas preguntas y a otras más... y tuvo que enfrentarse con un asesino muy escurridizo, y muy despiadado.

*Dedicado a nuestra pandilla de
Kiwis, con amor.*

*“La vida de un hombre tiene el color de su
imaginación”.*

MARCO AURELIO

Travis McGee 20

UNO

No existen héroes a prueba de todo.

Todo hombre puede perder la entereza cuando las cosas suceden de determinada manera, con una trascendencia y una intensidad que despierta miedos en las profundidades de su mente. Aunque sepa lo que debe hacer, de pronto el cuerpo no obedece a la mente. El pánico se vuelve un sonido agudo, insoportable.

Estaba tratando de explicarle esto a Annie Renzetti, la hermosa, pulcra y adorable persona que desde hacía varios meses era parte esencial de mi vida. Estábamos a fines de junio, la temporada alta en el lugar de veraneo que dirige, el Eden Beach, cerca de Naples, Florida. Estábamos echados en unas enormes toallas en el lado más tranquilo de la playa, más allá de su cabaña. Me era bastante difícil sostener una conversación compleja mientras la miraba, ya que tenía puesto ese pequeñísimo bikini blanco que hacía resaltar su perfecto bronceado. Era la primera vez que me enredaba en serio con una mujer menuda de pelo oscuro. Por lo general me inclinaba por las rubias de piernas largas y anchos hombros. Tal vez en mi ignorancia pensaba que las menudas eran demasiado frágiles. Pero con Annie había descubierto que no era así.

—¿Te ha ocurrido alguna vez? —preguntó.

—En realidad no, pero estuve tan cerca que sé que podría sucederme. En nuestra sociedad tenemos muchos mitos, Annie.

—Por favor, recuerda que eres la única persona en el mundo que tiene permiso para llamarme Annie.

—Nunca lo olvidaré. Creo que el mito que aplastó a Meyer es uno de los peores: el mito del héroe a prueba de todo. —Le conté varias historias, con la intención de que alguna surtiera el efecto adecuado. Por ejemplo ésta:

«Hace mucho tiempo, en una de las guerras que no ganamos, tenía un comandante que era de lo mejor que había conocido. Tranquilo y eficaz, humanitario y al mismo tiempo duro. Cuando llegaban órdenes ridículas, encontraba la manera de no cumplirlas sin meterse ni meternos en líos. Se arriesgaba lo mismo que nosotros y trataba de mantener bajo el índice de mortandad. Nos cuidaba muy bien y, cuando perdíamos a uno de los nuestros, lo sentía de veras.

Un día tuvimos que atravesar una zona de la selva asiática donde había una sanguijuela en la punta de cada hoja, balanceándose, esperando que pasara por debajo cualquier bicho de sangre caliente. El capitán nunca había estado en un territorio de sanguijuelas, la compañía sí. Hay dos formas de sacárselas de encima: tocarlas con el extremo encendido de un cigarrillo o deslizar bajo su cabeza una aguja de bambú, dar un tironcito y desprenderla. Después de haberse sacado de encima unas diez, uno empieza a aprender. Lo que más odiábamos era la manera que tenían de deslizarse dentro de las botas y prenderse a la piel a través del calcetín e hincharse hasta quedar aplastadas por la presión de la bota al caminar».

—¡Ajijj! —Annie me mostró la piel de gallina en su antebrazo.

—¿Dónde estaba?

—No pienso decírtelo.

—Está bien. De todas maneras había muchas y nos caían encima más rápido de lo que tardábamos en sacarlas. Si uno trataba de arrancarlas, quedaban hincadas las mandíbulas y se hacía una úlcera. Así que nos dispersamos y

corrimos hacia un claro, donde podríamos despegarnos las que ya teníamos clavadas. Pero el capitán no conocía el procedimiento. Se quedó allí parado, arrancándose las cada vez con más violencia, retorciéndose, y al final empezó a gritar y correr. Era un hombre valiente, pero ese bichito llegó en mal momento y lugar; tal vez le recordara algo de su infancia. Hizo que se derrumbara. Y también echó por tierra su autoridad en el batallón. Empezó a cometer errores, y a causa de uno de ellos murió tres semanas después.

—¡Qué horrible!

—Un par de días después del asunto de las sanguijuelas, uno de los payasos del batallón hizo una imitación del capitán cuando se quitaba las sanguijuelas. Le tumbé sin sentido de un puñetazo.

—Me alegro.

—Es extraño. Aquel payaso murió en la misma escaramuza ridícula en la que se mató el capitán. Este leyó mal el mapa y fuimos por el camino equivocado.

—Pero no lograste que Meyer entendiera lo que le estabas diciendo.

—Ya te dije cómo fue. Sabíamos que Grizzel era un psicópata peligroso que no tenía nada que perder y era probable que decidiera hacernos una visita. Meyer nunca me había visto pedir ayuda. Cuando Grizzel apareció por su espalda y, haciéndole girar, le metió esa Derringer en las tripas, anunciándole que irían al *Busted Flush* a visitarme y que aquélla sería la última visita que nos harían, Meyer le miró a los ojos de loco y vio que allí en el fondo acechaba algo despojado de todo sentimiento. Afirma haber visto allí su propia muerte. Entonces se convirtió en un autómata cumpliendo al pie de la letra las órdenes de Grizzel. Era un hombre acabado y lo sabía.

—¡Pero vio morir a Grizzel, Travis! ¿Acaso eso no...?

—Tal vez fuera un atenuante, pero no sirvió de mucho. Ya ha pasado un año. Todos extrañamos al Meyer de antes. Por eso organizamos esa conferencia en Toronto. Teníamos

que tener cuidado. Si hubiese sospechado algo se habría negado a dar la charla. Su vieja amiga Aggie Sloane nos ayudó a tramarlo todo después de encontrarle tan consumido, tan retraído. Aggie es muy decidida. Habló con un amigo de Meyer, un tal Pricewater que debía dar una charla en Canadá, para que se excusara de ir y le pidiera a Meyer como un favor especial que le reemplazara. Alegó que estaba enfermo.

—Entonces no entiendo lo de la sobrina.

—Ese fue otro complot para sacar a Meyer de su caparazón. La llamé y le conté lo sucedido. Estaba ofendida porque con motivo de su boda en abril, Meyer no había hecho más que mandar sus excusas, un cheque y los habituales deseos de felicidad. Aceptó ir a verle junto con su flamante marido en cuanto tuvieran tiempo. Resultado: Evan y Norma Lawrence llegaron el día anterior a la partida de Meyer a Toronto para dar sus conferencias. Insistió en que vivieran a bordo de su crucero mientras él estaba en Canadá. Ahora uno de los capitanes de la compañía Charterboat Row les lleva a hacer excursiones de un día en el *Keynes*. Teníamos dos planes fantásticos que finalmente se superpusieron. De todas maneras, Meyer vuelve el seis de julio y ellos no se van hasta el diez. Después, Aggie piensa mandarlo fuera para que haga algo para sus diarios. Me dijo que cualquier depresión puede curarse con una buena dosis de trabajo.

—Veamos, yo te hago ir y venir de Lauderdale a Naples. ¿Te sientes deprimido?

—Vayamos a tu casa y miremos si hay algo en mi interior que necesita arreglo.

—¡Ah, eso sí que no! Soy una mujer de carrera, y ahí está mi carrera, muriendo por falta de atención.

—Annie, hemos estado horas tomando el sol, y de todas maneras vamos a tener que ducharnos. Florida tiene problemas de escasez de agua. ¿Por qué desperdiciar una buena ducha?

—He aprendido a decirte que no.

—¿Por qué?

Se apoyó en los codos y me miró fijamente. Frunció los labios y levantó sus espesas cejas oscuras.

—Es una buena pregunta. Una *muy* buena pregunta. ¿Por qué tengo que hacerlo?

Recogimos nuestras cosas y subimos los escalones que conducían al sombreado porche de la cabaña de Annie. Teníamos media botella de vino tinto que había sobrado la noche anterior, y lo mezclé con soda y limón y mucho hielo para hacer un trago largo. Annie corrió las cortinas y nos sentamos en la cama con nuestras bebidas, sonriéndonos. Finalmente las dejamos a un lado, y le quité el pequeño bikini, admiré cada centímetro de su cuerpo, y a su debido tiempo, la hice gemir y rugir y después suspirar larga y profundamente.

No sabía que nuestra relación tuviera alguna dificultad hasta después de ducharnos, vestarnos y estar listos para salir, yo hacia Lauderdale y ella a su trabajo. Esa noche había un banquete de alguna fraternidad y Annie quería controlarlo todo muy de cerca, porque era la primera vez que alquilaban el Eden Beach.

—¿Cuándo puedo volver? ¿O cuándo puedes ir al barco? Me parece que ya te lo he preguntado antes.

—Una situación muy cómoda para ti, Travis.

—No estoy muy seguro de lo que quieres decir con eso.

—Yo tampoco. Lo único que me parece es que eres una especie de machista con suerte.

—¡Espera un poco! Creo que es muy cómodo para los dos, si quieres decirlo así. No se puede decir exactamente que seas una insatisfecha, señora.

—¿Alardeando de tu trabajo?

—¡Por Dios, Annie!

—Lo siento. Creo que estoy tratando de herirte, aunque no sé por qué.

—Creía que nos llevábamos bastante bien.

—Sí, sí. Por supuesto que sí. Tal vez sea una especie de remordimiento crónico. Sentía remordimientos cuando trabajaba para Ellis y vivía con él. En estos tiempos se supone que todo el mundo tiene derecho a vivir como le da la gana. Demonios, sé lo que es, pero odio tener que explicártelo.

—Hazlo, por favor.

—Hemos hablado mucho, Travis. Ha sido algo importante para los dos, las largas conversaciones. Me has contado los amores que tuviste y cómo los perdiste. Pero... noto en ti una cierta reserva. Eres abierto conmigo, pero una parte de ti se contiene, como si se resistiera a creer que no vas a perderme a mí también. Reduces la pérdida no comprometiéndote tan profundamente... como podríamos hacerlo. ¿Me entiendes?

—Lo estoy intentando. Te aseguro que no me contengo. Te digo que te amo. ¿Tendría que hacerlo más a menudo?

—No se trata de actos ni de palabras, querido. Nunca logramos ser parte del otro. Siempre quedamos fuera por alguna razón.

—Supongo que no es momento de hacer un comentario obsceno.

—¡No, no lo es!

—¿No estarás hablando de matrimonio?

—¡No, maldita sea! Pero me gustaría que viviéramos juntos o nos viésemos con más frecuencia.

—¡Diablos! Pues me gustaría que cogieras tus ahorros, la indemnización y todo eso, y te mudaras a bordo del *Flush*.

—Sabes muy bien que *amo* mi trabajo. Lo estoy haciendo bien. Eso se ve en las cifras que manejo y en lo que me aprecian. Soy el mejor gerente de la cadena. Me gusta trabajar con la gente, encontrar la mejor manera de hacer que cada uno rinda más, me gusta motivarlos. Este hotel es limpio, divertido y rentable gracias a mí.

—Ya es suficiente. ¿Por qué no puedes conformarte con lo que tenemos? Es más de lo que tiene la mayoría.

Annie suspiró, se apoyó en mi hombro y me besó en la barbilla.

—Está bien, McGee. Lo intentaré, pero hay algo entre nosotros que todavía no se ha solucionado. Tal vez nunca ocurra. ¿Quién puede decirlo? Ahora vete. Conduce con cuidado. Y llámame con frecuencia.

Travis McGee 20

Dos

El 5 de julio comenzó con una fuerte lluvia, debido a una depresión tropical al este de Miami, acompañada de violentas ráfagas de viento.

Hacia las diez de la mañana la lluvia se había convertido en una llovizna neblinosa y el pequeño crucero de Meyer, el *John Maynard Keynes*, había dejado atrás el muelle de carga de combustible de Fort Lauderdale y seguido su camino bajo el puente, pasando junto a los cruceros amarrados en Port Everglades. Después de cruzar el canal principal y pasar la boya, había puesto rumbo este-sudeste, bamboleándose con cada ola.

Un hombre de edad estaba mirando por la ventana en el sexto piso de un edificio de su apartamento frente al mar en el momento de la explosión, y pudo precisar la hora: las diez y cuarenta y uno exactamente.

En ese momento, un crucero procedente de Nassau se dirigía al canal, balanceándose un poco debido a la marea. Era el *Brandy-Gal* de Venice, Florida, propiedad del matrimonio Simmons Davis. La señora Davis estaba en una de las sillas de pescar, la del lado de estribor, y su marido estaba al timón, en el puente. Los dos atestiguaron que, cuando ambas embarcaciones se cruzaron, una esbelta mujer de pelo oscuro con un bikini naranja les había saludado, y la señora Davis había contestado al saludo. Los dos habían visto a un hombre robusto al timón y un hombre rubio en la cabina, enrollando un cabo.

La señora Davis dijo que recordaba haber pensado que el nombre del crucero era divertido: *John Maynard Keynes*; sabía que cualquier mención de la teoría económica keynesiana hacía enojar a su marido. Recordaba igualmente que había pensado que el pequeño crucero no capeaba demasiado bien las olas y que, de haber estado ella al timón, habría vuelto al canal. También pensó que parecía navegar demasiado hundido en el agua.

La señora Davis estimaba que el *Keynes* estaba a unos mil metros del *Brandy-Gal* cuando estalló. Al instante siguiente de la explosión, lo único visible era un resplandor blanco, más grande que el crucero, y una infinidad de objetos pequeños que salían despedidos de él. Hubo un ruido que ella describió como agudo y fuerte al mismo tiempo, una especie de crujido que le hizo vibrar los oídos y sintió calor en la cara. Simmons Davis giró el *Brandy-Gal* y volvió atrás en una inútil búsqueda de sobrevivientes. Sabía que allí había unos treinta metros de profundidad. Aseguró una pequeña ancla de repuesto a un flotador naranja con una larga cuerda trenzada de nylon, y la arrojó por la borda. Luego, ayudado por su mujer, con redes barrederas recogió los pocos restos que flotaban. Medio salvavidas quemado. Una gorra blanca manchada, todavía humeante. La tapa de una nevera portátil.

Llamó por radio a los guardacostas para informar del accidente, y después continuó su camino, mientras su mujer, Brandy, vomitaba por la borda.

Pocos minutos después de la explosión la policía de Fort Lauderdale recibió una llamada anónima, que fue grabada. Era una voz masculina, profunda, con un acento que podía ser español o portugués.

«El Ejército de Liberación del Pueblo Chileno ha ejecutado al cerdo doctor Meyer. Muerte a todos los que ayuden a la dictadura militar fascista».

Yo no supe nada del asunto hasta que regresé a Bahía Mar el lunes, poco después de las seis de la tarde. Salía del

apartamento y me dirigía al embarcadero F-18, donde está amarrado el barco en que vivo, el *Busted Flush*, cuando me crucé con el capitán Johnny Row y me dijo:

—Eh, han atrapado a Meyer.

Me detuve y le miré.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Diablos, que le han volado.

—¿En Toronto?

—¿Qué es eso de Toronto? En ese pequeño crucero suyo. Ha sido esta mañana, después de pasar la boya. Lo han hecho saltar por los aires y ya han reivindicado el atentado.

—¿Quiénes?

—Uno de esos grupos de terroristas. Ya sabes, el Ejército Rojo de Liberación, Verdad y Justicia, o qué sé yo, uno de éstos.

De pronto me sentí vacío y mareado.

—Johnny, ¿no sabes quién iba a bordo del *Keynes*?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Acabo de llegar de Key West.

Se lo expliqué con paciencia:

—Meyer está dando una serie de conferencias en un seminario internacional de banqueros en el Queen College de Toronto. Su sobrina y el marido de ésta estaban de vacaciones. Tenían que vivir en el barco durante las dos semanas que iba a durar el viaje de Meyer. Este lo había arreglado todo para que Hack Jenkins les llevara a pescar o navegar si querían, porque ninguno de los dos sabía gobernar un barco. Hack estaba libre porque le está cambiando el motor a su barco.

Johnny Dow se quedó helado.

—Sabía lo del cambio de motor del *HooBoy*. ¡Jesús! Según dicen, ha sido un estallido infernal. Todos los que estaban a bordo han volado por los aires hechos pedazos. ¡Jesús! Será mejor que vaya a ver a la mujer de Hack. Esto es terrible, Trav.

Johnny desapareció bajo la llovizna. Abrí la puerta del *Flush*, desconecté el sistema de alarma y oí que sonaba el teléfono.

—¿Ha vuelto Meyer antes de lo esperado? —preguntó Annie—. Por favor, dime que no lo hizo.

—No, querida. Mañana tiene que dar la última conferencia y tiene pasaje en un vuelo que llega a Miami mañana a las ocho de la noche.

—En las noticias han dicho que una mujer de otro barco ha visto a tres personas a bordo del crucero de Meyer, antes de que estallara. Y creía...

—No, la tercera persona era el capitán que habían contratado. Un amigo mío y de Meyer. Creo que le conociste una vez: Hacksaw Jenkins. Hack.

—¡Ah, sí! Ese tipo grandote que parecía un luchador japonés, que tenía una mujer chiquita y simpática. ¡Qué horror! ¿No lo has oído por la radio cuando volvías?

—Siempre que puedo evito las noticias. He puesto cassettes durante todo el camino.

—¿Tienes algún teléfono donde llamar a Meyer?

—Sé en qué hotel está. Podría llamarle, pero no sabría qué decirle. Es muy triste y muy irónico, Annie. Después de todo lo que hemos hecho para sacar a Meyer de su depresión...

—Oye, hazme saber cómo va todo, cómo reacciona. Quiero mucho a ese viejo oso.

—Me mantendré en contacto.

No tuve necesidad de llamar a Meyer. Mientras desempaquetaba mis cosas, él me llamó a mí.

—¿Travis? Un reportero del *Miami Herald* me lo ha dicho. ¿Es verdad? ¿Están todos muertos?

—No he sabido nada hasta hace quince minutos. Johnny Dow me lo ha dicho. Él creía que estabas a bordo.

—Ojalá hubiera estado allí. —No era pose. Lo decía de corazón.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunté.